

MAURICIO

TANTOS LIBROS CON VIDA
TANTAS VIDAS SIN LIBROS

WIESENTHAL

Pregón de la 34ª Feria del Libro Antiguo y de Ocasión
S E V I L L A M M X I

ESTE PREGÓN FUE LEÍDO POR
D. MAURICIO WISENTHAL
EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 2011, EN LA
CASA DE LA PROVINCIA DE SEVILLA.
SE HAN IMPRESO 300 EJEMPLARES SOBRE PAPEL
AHUESADO DE 100 GRAMOS.
UTILIZÁNDOSE TIPOS DIDOT DEL CUERPO 12.
PARA ALGUNOS DE LOS VISITANTES A LA FERIA
QUE ACREDITEN SU AMOR A LOS LIBROS.

MAURICIO
TANTOS LIBROS CON VIDA
TANTAS VIDAS SIN LIBROS
WIESENTHAL

EDITA



ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL LIBRO ANTIGUO

S E V I L L A

Señores:

Gracias a los organizadores de esta Feria sevillana del Libro Antiguo y de Ocasión que me han invitado para pronunciar estas palabras.

Gracias, ante todo, a los libreros que conservan los libros. Gracias a los bibliotecarios que aman los libros. Gracias a los editores, los impresores y todos los artesanos del papel que hacen los libros. Gracias, a las personas que leen los libros. Y gracias también a los que guardan los libros, incluso sin comprenderlos ni leerlos; porque a veces una carta de amor se entiende sin leer las palabras, tan sólo con mirarla.

Nací en otro tiempo, cuando el mundo era más sencillo. La gente del pueblo aprendía cantes y recitaba la historia en romances. Algunos eran analfabetos y, entre ellos, conocí a algunos pobres respetuosos que recogían y guardaban los libros antiguos y extraviados a veces rotos - como se ama un relicario mágico. Hace ya muchos años, en mi querida Colombia

quise darle unos pesos a una abuela que me había ayudado a empaquetar unos libros y me dijo: “El mejor regalo que su merced puede hacerme es dedicarme un libro para mi nieto”.

El libro, incluso cuando parece reposar en una estantería, tiene el poder de hablar. Y el buen librero es un *medium* que oye esta voz misteriosa. Por eso, en el silencio — cuando no hay nadie en la tienda, a esa hora de la contabilidad nocturna en que los burgueses dicen que un negocio es una ruina—, el librero los oye hablar entre ellos; igual que dos jóvenes se besan en la calle a esa hora de la vida en que el alquiler de una casa es un sueño imposible.

Siempre pensé que hay una hora misteriosa en que los libros se mueven solos. Y sé que, en mi biblioteca, cuando se me pierden los versos de Marceline Desbordes-Valmore tengo que ir a buscarlos junto a los versos de Heine. Siempre me ocurrió así. Wilde huye de Gide, Paul Morand se reúne con Marcel Proust, Chateaubriand persigue a Madame de Staël, y Albert Camus se aleja de Sartre. Un día, buscando las últimas huellas de Marceline Desbordes en el cementerio de Montmartre, vi una rosa roja que se movía detrás de su tumba. Era una rosa de Heine, porque los habían enterrado, uno al lado de otro. A él, sin lápida, porque era judío y estaba entonces perseguido

por los antisemitas. Y, a ella, en la caridad porque era una madre soltera. Comprendí entonces por qué sus libros se buscan en las noches de mi biblioteca.

No existe la muerte, sólo el olvido

Ya sólo tengo en mi biblioteca libros antiguos. Se convirtieron en viejos conmigo. Y las librerías tienen una presencia especial en mi vida. Algunas, como Arteletra de Bogotá, han sido y serán siempre mis santuarios. Sólo allí, Adriana Laganis conserva tesoros que parecen haber desaparecido del mundo actual de la edición. Y otras muchas, en Londres, en Berlín, en Lisboa, en Roma, en Corfú o en Buenos Aires han sido mis paraísos perdidos, mis ínsulas extrañas y mis mares del sur.

En los años setenta del siglo pasado frecuenté mucho la librería Shakespeare and Company, que estaba entonces delante del Sena. Ya no era propiedad de Sylvia Beach, sino de George Whitman: un idealista que tenía un lema: «No seas inhóspito con los extranjeros, porque pueden ser ángeles disfrazados».

El nombre de Shakespeare and Company seguía siendo para nosotros, los vagabundos del libro, un lugar de refugio en las falsas primaveras de París.

En cuanto salía el sol de mayo me vestía de

blanco y me iba al Sena a bañarme de luz y de alegría en el lugar más caliente de la ciudad: la punta del Vert-Galant, delante de la estatua de Henri IV. Esta proa de la isla de la Cité que se adentra en el Sena es un lugar surrealista y místico. Y aquí se levantó la hoguera donde fue asesinado Jacques de Molay, el último Gran Maestre de los Templarios.

En las noches de lluvia encontraba allí a Cortázar que recogía la soledad de los faroles encendidos para llevarla a sus cuentos. Se duchaba con ellos bajo la lluvia, bajo la *shuvia*; y se duchaba con ellas, porque hay farolas femeninas... Pero en los días de sol me refugiaba también en la isla, me abría camino entre los vagabundos y nos repartíamos, como hermanos, los reflejos del sol en las aguas. Formábamos como una aparición de resucitados con el fulgor del sol en las espaldas. Y, de repente, el espejismo de aquella falsa primavera se rompía, soplaba un vendaval del diablo y un aguacero invernal y frío nos ponía chorreando. La primavera había durado seis horas. Entonces me iba corriendo a refugiarme en la librería Shakespeare and Company.

Más de una vez me dio George Whitman la llave de las habitaciones de arriba para que me acostase en un colchón, tendido entre libros, compartiendo el sueño entre mujeres y

hombres, entre alegres y tristes, entre blancos y negros; entre los seres humanos que Dostoievski consideraba nuestro único destino. Algunas de las páginas de mis libros fueron escritas en esta librería, junto a una ventana que se asomaba a Nôtre Dame. Recuerdo que tenía a mi lado a Mae, una joven madre vietnamita con un niño que sólo dejaba de llorar cuando yo le cogía en brazos. Y enfrente, una anciana que nos miraba con ternura, levantando la vista sobre sus gafas, por encima de su libro.

Para mí, toda la literatura cabía en aquellos estantes, polvorientos y vencidos por el peso, de Shakespeare and Company. Tenía una luz de bambalinas y de teatro, cambiante según los reflejos del sol en el río, transparente como el vuelo del polvo que se parece a las estrellas.

Habiendo en una ciudad viejos cafés, librerías mágicas, hoteles clásicos, mercados y mercadillos populares, niños que juegan y cantan, emigrantes que traen sueños lejanos, pequeños teatros, plazas con laureles de sombra, iglesias con campanas y claustros medievales... no necesito más. Detesto, naturalmente, los contrarios: los cafés que sirven en vasos de plástico, los irrespetuosos turistas en rebaño, los grandes barrios tribales donde se fortifican los burgueses, los ciclópeos auditorios de cemento armado, las plazas duras

sin árboles, los monumentos de chatarra, y las avenidas donde los políticos organizan desfiles de tanques, rúas con pancartas y aburridísimas ceremonias laicas; sin órgano... ni siquiera los órganos de pecar...

La saga de un impresor

Mi abuelo había nacido en Hamburgo, pero emigró a Madrid en el siglo XIX y contribuyó a crear la más importante empresa de litografía y de impresión que hubo en España en la primera mitad del siglo XX. Pero nunca se consideró editor, sino litógrafo, impresor y artesano.

Como nieto de un impresor me duele en el alma que hoy se olvide que los primeros editores fueron impresores. Y me apena hasta la amargura que, en el ánimo de dominio y conquista de algunas gigantescas empresas editoriales, se olvide que la historia del libro ha tenido, antes que nada, dos humildes y virtuosos intérpretes: el impresor y el librero.

Impresores y libreros fueron los primeros editores, desde los tiempos de Gutemberg y de Aldo Manuzio. Fue en Venecia donde el impresor Aldo Manuzio publicó en 1500 el primer libro en que se utilizaron caracteres cursivos.

Así era el mundo artesanal de los antiguos

impresores y librereros, donde el escritor podía encontrar un rincón y una mesa para trabajar, oliendo el perfume dulce y resinoso de la tinta, viendo el ajeteo de los cajistas, oyendo el gemido de las prensas de madera y observando cómo los osos — así se llamaban en la jerga de la imprenta— se movían con un cubo y una brocha, entintando los rodillos y las planchas.

Luego aparecieron las grandes editoriales que, en el escenario romántico de mis primeros sueños de modesto escritor, se presentaban entre truenos, como las trompetas del Apocalipsis. Recuerdo que, bajo la suave luz de memoria en la que yo escribía mis oraciones, aquel ruido de carros de guerra me producía terror. Me angustiaban los balances, las propuestas triunfales y las cifras de venta de aquellos libros de entretenimiento que Cervantes habría mandado al corral en un rápido y certero escrutinio. Me parecían disparatadas y desagradables, desmedidas y pretenciosas, las fórmulas de una publicidad que ya no iba dirigida a lectores sino que parecía destinada a compradores de automóviles...

Mis viejos compañeros de vocación y de lucha — muchos de ellos, librereros y editores— me escribían diciéndome: “Esto se acaba y será imposible sobrevivir sin agentes ni intermediarios o sin una imagen escandalosa

y mediática. No hay ya lugar para nosotros los artesanos del libro, escritores modestos, pequeños impresores y libreros.”

Por eso asistía, con rabia y dolor, a la aparición de los nuevos imperios editoriales. Mientras ellos entraban en escena con su artificio de glorias y truenos, desaparecían callados los pequeños editores románticos que habían creado nuestra cultura. Para mí no hay nada más triste que ver cómo los pequeños comerciantes de una ciudad cierran sus puertas, en medio de la fanfarria de las grandes empresas o el ofensivo optimismo capitalista! Y en mi juventud, aquellos gigantes se presentaban así, moviendo sus aspas de molino. Se suponía que iban a cambiar por completo las dimensiones y los valores artesanos del mundo de la edición. Y, muchas veces, me he sentado a llorar delante de mi mesa de trabajo, antes de comenzar mi tarea diaria, recordando que soy nieto de pequeños editores-impresores y que estos conquistadores iban a transformarlo todo en un inmenso negocio capitalista: una industria rutinaria y mecánica, capaz de clonar y repetir lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, sin discriminación, hasta el infinito, hasta la hartura, hasta la profanación.

Afortunadamente, a ese mundo de la reproducción en serie le salió la competencia

de la fotocopia y, luego, la de Internet. Fue aleccionadora esa hora de la justicia, en la que ciertos imperios editoriales cobraron los balances del fracaso! Porque, cuando el arte deja de ser arte, y la artesanía se profana y se convierte en copia y en serie, todos los productos pueden ser falsificados con perfección técnica. Hay que estar a las duras y a las maduras. Y el que juega a la multiplicación se encuentra con los múltiplos. A fin de cuentas, a mí descendiente de laboriosos artesanos- me parecía justo y me sigue pareciendo cabal que lo que sale de un molde pueda ser reproducido en otro molde.

Considero peligrosa la edición digital porque tiende por su condición técnica y simplificada- a la divulgación. El papel es ya menos noble que el pergamino, y la imprenta no permite alcanzar ciertos niveles de comunicación y de expresión que ofrecía el manuscrito caligrafiado y miniado. La experiencia me enseñó que, cuanto más ligero y universal es un material como el titanio, el acero inoxidable o el plástico-, tanto más inútil es para ciertos usos nobles que exigen una específica cualidad.

Hay pinturas que reclaman la seda, el lienzo imprimado, la tabla de arce o el bronce. Y también hay libros que exigen un buen

papel, por mucho que algunos feriantes nos quieran convencer de que la edición digital es mejor. Para gente ociosa es posible que ese juguete les divierta un rato. Pero los que trabajamos con las herramientas habituales de la vida moderna nos vemos obligados a pasar muchas horas en el comercio, en la oficina, en el diseño o en el estudio- delante de frías pantallas que emiten una luz espectral. Y me parece absurdo al llegar a casa- leer en una pantalla cuando uno está harto de ellas. Por el contrario, recomiendo leer en papel para que la vista descanse del ordenador y de la televisión.

El camino de las librerías antiguas de París

Entre mis librerías recuerdo la Librairie Espagnole de París. Y guardo emotiva memoria de este lugar sagrado que estaba en Saint Germain. Tenía dos pisos, una magnífica oferta de libros especialmente sobre los autores más combativos a la dictadura de Franco- y un mueble con un tocadiscos donde Antonio Soriano, el genial fundador de la librería, ponía de vez en cuando las canciones que le gustaban: Yves Montand, boleros flamencos de Antonio Molina, rancheras mexicanas y música argentina.

Antonio Soriano, ferviente republicano,

había vivido los horrores de la guerra civil y del destierro, cuando al cruzar la frontera-internaron a nuestros exiliados en campos de concentración. Luego, gracias a la ayuda de Buñuel y otros amigos, consiguió establecerse en París como librero. Y la Librairie Espagnole de la *rue* de Seine se convirtió pronto en la referencia de los intelectuales que amaban la cultura española.

Allí coincidí a veces con Julio Cortázar. Y le recuerdo siempre friolero y arropado en un abrigo largo que parecía heredado de algún ropero.

Julio me doblaba con mucho la edad pero parecía siempre joven. Y me sorprendía su pasión cuando evocaba los motines de Mayo de 1968. Se le volvían los ojos más grandes, como si hubiese fumado opio. Creo que al hablar del Che se dejaba arrastrar emotivamente por sus ideales y eso me parece noble, pero su devoción por la falsa *gauche* universitaria me resultaba sorprendente en un humanista que tenía mucho más genio literario que aquellos desagradables fariseos.

Cortázar había aprendido a amar la vida antes que la literatura, trabajando en casa de un exportador donde empaquetaba libros... Seguramente allí aprendió a pensar subiendo escaleras, en una ascensión babélica que a

veces era muy poética y otras veces como el baile áspero de la púa saltando los surcos en un disco rayado, *rashado... damn it...*

Cortázar era lo contrario de ciertos personajes que le rodeaban. No tuve mayor relación de amistad con él, pero coincidíamos en algunas cosas verdaderas. Los dos habíamos pasado los mejores momentos de nuestra infancia descubriendo la vida en una enciclopedia que se titulaba *El tesoro de la juventud*. Eran veinte tomos encuadernados con tela y aún siento en las manos el tacto de hilo de aquellos libros y veo el dibujo de la tierra en estado incandescente. Allí estaba el mundo completo

historia, arte, deporte, ciencia, juegos, poesía, leyendas e infinitas curiosidades convertido en palabra. Y los dos preferíamos el universo soñador de las mujeres al mundo violento de los hombres.

Cortázar también amaba el misterio de las viejas galerías de París que eran mi paseo cotidiano para llegar desde la Biblioteca Nacional a mi casa. Persiguiendo a los fantasmas de mi bohemia he rondado mucho por los viejos pasajes y galerías de París, en una época en que vivían una decadencia romántica. Al mediodía me quedaba trabajando en la Biblioteca para ahorrarme una comida. En alguna parte he escrito que me tomaba un

respiro paseando por los alrededores y me alimentaba del efluvio que salía de las tiendas elegantes donde vendían quesos, buenas comidas y los mejores vinos. Así, en el deseo de lo prohibido, me hice catador de vinos que es otro oficio que me ayudó a ganarme la vida. Y, al caer la tarde, en la niebla de invierno, regresaba a mi casa en el barrio del Marais, atravesando los pasajes solitarios: Vivienne, Choiseul, Panoramas, Jouffroy... En estos pasadizos cubiertos que permitían cruzar, de parte a parte, el corazón del París de Balzac, sólo sobrevivían comercios ruinosos: librerías de lance maravillosos museos del tiempo usado donde se encontraban también daguerrotipos, periódicos amarillentos y postales antiguas; cafés silenciosos que parecían a punto de ahogarse como un sifón en el último estornudo; sucias claraboyas que dejaban filtrar una luz mágica sobre las vitrinas y los escaparates de madera; relojes parados en una hora que tenía ya más de un siglo...

Recuerdo algunos libros antiguos que me fascinaban, pero que tenían un precio que era, para mí, inalcanzable. Los contemplaba cada día en la vitrina del librero y los imaginaba por dentro con sus grabados a la pluma, sus mapas y sus cajas primorosamente justificadas donde el impresor había agrupado las viejas letras de

trazo caligráfico: todo lo contrario de la burda tipografía Arial que eligieron los modernos editores por ser la más barata y vulgar de todas las que podían comprar a saldo.

Aquellas letras antiguas permitían comprender que la literatura exige tiempo, como la lectura de una partitura. Recuerdo el olor de los libros encerados en la biblioteca de mi padre y me parece estar viendo un *Atlas de Mineralogía* editado por Fermin Didot en 1865 con unas ilustraciones que brillaban bajo la luz de la lámpara. Y había también una edición preciosa del *Libro de jade* de Judith Gautier, con dibujos de mariposas azules. Todo era tan antiguo, tan misterioso, tan frágil que nunca lo sentí como propio, sino que me conformaba con el privilegio de poder mirarlo. Así pude comprender mejor a Rilke, sus versos de cristal y sus andares cautos y silenciosos como los de un gato.

Como los gatos, me acostumbré a vivir en los pasajes del tiempo pasado, entre libros y ruinas, dejándole espacio a la historia. En mi infancia nos enseñaban a caminar así: entre libros y objetos viejos, organizando nuestros pasos y nuestras vidas en torno a los frágiles recuerdos de nuestros abuelos. “Hijo, ten cuidado que se rompa” es la frase que marcó mi infancia. Así comencé a buscar libros

y papeles perdidos, direcciones olvidadas, historias que no interesaban a nadie, más que a los que caminan con pies de paloma. A veces, buscando a uno encontraba a otro. Y de esta manera pude comprar algunas partituras de Schubert, editadas por Diabelli. Sabía que Wagner las había buscado desesperadamente cuando vivía exiliado en París y, por eso, le había escrito a Liszt: “Búscame partituras de ese Schubert”. Y en las librerías de viejo donde compraba libros antiguos editados con márgenes anchos encontré una foto de Anna Streim, la madre de los Strauss, morena como una gitana. Ella presumía de tener sangre española. Y así, mirando en el escaparate del librero del Passage Jouffroy aquellos libros que no podía comprar comprendí a amar sin poseer, como las muchachas de mi infancia que lloraban al leer las cartas de sus novios sin necesidad de comprender las letras.

En uno de estos pasajes de París había una escalera muy triste. Yo estaba convencido de que la limpiadora — una muchacha que fregaba los escalones con una bayeta como una mucama antigua — sabía un terrible secreto. Allí vivía el diabólico Belphégor y no quería contármelo. Debía ser la proximidad del Museo de Cera, pero me inquietaba aquella escalera de mármol gris que subía a un rellano solitario

y vacío; delante de una puerta siempre cerrada.

A veces, cuando ya cerraban los comercios y atravesaba estos pasajes, de vuelta a mi casa, encontraba también a la muchacha que salía de su trabajo. Y hacíamos juntos un trozo de camino hasta les Halles. Nos hicimos amigos y, en alguna ocasión, le regalaba baratijas que vendían en aquellos comercios de los Misterios de París: buhonerías baratas, flores de papel, folletines antiguos del maldito Arthur Bernède... a ver si le refrescaba la memoria y me daba la pista del asesino del Louvre. Hasta que un día, riendo, me dijo:

No me regale más libros viejos, por favor. Que cuando llego a casa con estas reliquias mi marido se piensa que tengo un amante del siglo XIX.

Un mundo que se pierde

Mis maestros me enseñaron a creer en la memoria. Y recuerdo bien una frase de uno de ellos que tomé enseguida como lema: “En la vida es muy importante saber olvidar. Pero para olvidar hay que tenerlo todo en la memoria”.

Siempre me pareció distintivo de nuestra cultura europea que evocábamos a nuestros maestros como el *querido maestro*, *el cher maître*, *caro maestro*, *beloved master*. La primera vez que llegué a los Estados Unidos me sorprendió

ver que uno de los profesores se esforzaba en presentarse como un sencillo muchacho *yankee*. Por la tarde recibía a sus alumnos sentado en el suelo de su habitación, con las piernas cruzadas y con su gorra azul de los *newyorkers*. Ponía un gesto entre incrédulo y divertido cuando yo le explicaba que mi padre daba siempre sus clases de pie.

Todavía pienso que el destino de Europa se juega quizá ya tarde; demasiado tarde en que sepamos mantener los elementos distintivos de nuestra cultura. Recordemos que la ordenación del pensamiento filosófico y científico –*la Wissenschaft*– en una memoria racional y crítica que es posible transmitir y enseñar nació en Europa. No sé por qué se olvida hoy que fuimos nosotros los europeos quienes, peor o mejor, inventamos el concepto de Universidad. Y en Oxford, en la Sorbona, en Siena, en Alcalá o en Salamanca teníamos claustros ese patio ordenado en arcos que parece pensado para la memoria interior antes de que en Princeton se hablase de *yards* o de *campus*, que son espacios dispersos.

Me convertí enseguida en un motivo curioso en el *campus* de aquella Universidad americana y creo que hasta cierto punto me gané la simpatía de todos, porque me miraban como si fuese la última atracción de un parque

temático llamado “Europa”. Me gustaba vestirme con corbata de lazo y, a veces incluso, con un sombrero de fieltro que me había costado una fortuna en Viena. Y aunque mis compañeros vestían habitualmente de manera más informal no renuncié a mi culto de la memoria y de las viejas fórmulas todo el tiempo que permanecí allí, excepto el último día de curso cuando me hice imprimir una camiseta con un divertido *goldwynism*: “No tires nada a la papelería sin sacar por lo menos una copia”.

Frente al espacio claustro de la latinidad y la parsimonia del tiempo latino, las culturas anglosajonas se basan en el dominio de los grandes espacios y en una maestría para controlar el presto, la urgencia y la prisa. Los anglosajones están, sin duda, más dotados para la globalización. Por eso ellos fueron los creadores del *commodity*; el *paperback*, el *bestseller* y el *superstore* y el *supermarket*.

Nosotros, por el contrario, consideramos bueno un libro cuando puede guardarse y sobrevive a los años. Y los libros tienen más memoria que los seres humanos y, además, permanecen fieles a ella. Envejecen contando siempre las mismas historias, hasta el día en que alguien los rompe, los maltrata, los destroza o los quema. Hablan de revoluciones y pasiones, de guerras y tiranos, de monjes atormentados y

de santos que predicán locuras de amor.

Por eso el librero envejece con sus libros y sabe bien que, a veces, los mejores libros como los zapatos buenos- se convierten un día en libros viejos: aquellos con los que caminamos mejor en el cansancio de la vida.

El camino de los iniciados

Creo que el libro es una herramienta secreta para iniciados. No me interesan en absoluto los lectores fáciles ni deseo que mis libros lleguen a nadie que no sienta respeto por el pequeño negocio de los libreros, el oficio de los encuadernadores y el santuario mágico de las bibliotecas. Adoro las librerías tanto como me fastidian los divulgadores de comodidades. Pienso que hay que saber guardar los secretos de la realidad. Y, en nombre de la divulgación de la ciencia (no de la Ciencia) y del proselitismo de la fe (no de la Fe) se han cometido las mayores atrocidades en el fascismo, el comunismo y el integrismo.

Nadie piense que estoy contra la cultura popular. Pero la considero justamente lo contrario de las *commodities* que nos han impuesto los colonizadores capitalistas. El pueblo compra en el mercado sin que tengan que llevarle la mercancía a casa. Cuando uno comienza a no ir al mercado ni a la librería ha

dejado de pertenecer al pueblo.

La decadencia se manifiesta hoy en las artes. Las edades heroicas, como los tiempos de Homero, son aristocráticas y sensuales. Los duros siglos de formación son espirituales porque la fe resplandece en la pobreza, como se propagó en la Edad Media. Las épocas de plenitud fueron en nuestra historia europea humanistas. Y la agonía existencial de todas las culturas comienza con el racionalismo y acaba en el abstracto. Este es el tiempo confuso que vivimos.

Para evitar esa confusión, los viejos impresores y libreros querían que los libros se distinguiesen, justamente, por su calidad. Buscaban, en la obra y en el escritor, lo irrepetible, lo único, lo excepcional. No querían ver su librería inundada por esa marea de copias, que va y viene al capricho de la publicidad y del mercado de los *bestsellers*. Nunca fue ese buen negocio para el librero, ya que le hace esclavo y dependiente de una industria productora de toneladas de papel que tienen una caducidad fulminante. Para el negocio del librero es mejor no depender de una sola obra, sino vender a distintos autores que interesan al público y venderlos durante largo tiempo como libros de culto, bien escritos y bien editados. Y, por eso, los

antiguos editores mandaban diseñar y fundir sus propios tipos para dar personalidad a sus libros. Todavía encuentro, en algunos libros, tipos de imprenta Gótico Cervantes, Greco o Elzeviriano Ibarra- diseñados por grabadores que trabajaron con mi abuelo. Y elegían también los papeles y la forma de imprimirlos, y encomendaban sus ediciones a la atención de los correctores y a la labor de ilustradores, impresores y encuadernadores: legiones de artesanos que trabajaban para hacer una obra bien hecha. He alcanzado a conocer la figura paciente de los atendedores que para facilitar la labor a los correctores escuchaban la lectura de las galeradas de texto, tal como salían de la primera impresión, con todas sus erratas, desatinos y omisiones. Y, finalmente, cuando los libros se daban por corregidos, vestidos y acabados, se encomendaban a expertísimos libreros que los valoraban y los hacían llegar a las bibliotecas privadas y al lector.

El mundo de la obra bien hecha exigirá siempre artesanos. Eso lo sabían los maestros de nuestra cultura. Pero, ¿qué hicimos de ellos y qué de las invenciones y maravillas que traían?

“¿Qué se hizo aquel trovar –las músicas acordadas– que tañían? ¿Qué (les) fueron sino lloros? ¿Qué fueron sino pesares, al dexar?”

Les arruinamos y les expropiamos su mundo de valores, mal pagando sus horas de trabajo, menospreciando su labor bien hecha, falsificándola con moldes industriales y sometiéndolos a la producción en serie. No quiero decir lo que el profeta Liev Tolstoi os diría de estos zares y virreyes de la gran industria que destruyeron los valores puros del *prastój narod*: el pueblo llano.

El Moloch que amenaza a la industria y al mercado del libro es poderoso. Las culturas no pueden cambiar sus valores y sus dimensiones. Por eso la propuesta de convertir el libro en un objeto de multiplicación ha acabado en la mayor de las *commodities*: la fotocopia y la edición basura. Y ha convertido a muchos escritores en voceros de una técnica repetitiva que no tiene otra función que el entretenimiento. Y, en ese caso, me place decir que hay infinitas diversiones que conquistarán a las masas, antes que el libro; porque exigen menos esfuerzo reflexivo y se disfrutan, como la imagen o la música ligera, con una actitud más hedonista y pasiva.

El reto del futuro exige, a mi juicio, replantearse muchas cosas. Si creéis que la literatura es un arte, el libro debe seguir siendo una artesanía; apoyada, naturalmente, por una industria de perfección, rigor, criterio estético y

calidad. Y, tarde o temprano, la librería tendrá que regresar también a las dimensiones de este espacio cultural... Hasta las grandes superficies se verán obligadas a plantear el negocio del libro como ya plantean el de los perfumes o el de las joyas: en subdivisiones más pequeñas, pensadas con una idea cultural del espacio y del tiempo. Hasta el vendedor de libros debe ser formado en esa escuela moral donde la defensa de los valores estéticos y espirituales de la cultura sea, también, un proyecto social, pedagógico y político. Y ya ven qué lejos estamos aún de este propósito regenerador.

Pero no podemos quitarle al libro esa fascinación. Y, si lo convertimos en un producto venal de supermercado prescindiendo de su valor estético y cultural y amontonamos *bestsellers* como saldos de entretenimiento (hoy uno, mañana otros, uno en primavera, otro en verano), habremos demolido nuestra Ara Pacis. Y así, en este proceso de incuria y decadencia, acabaríamos perdiendo la identidad de nuestra cultura.

Los expertos del vino, que hoy abundan tanto, desprecian los graneles baratos de las tabernas o los envases de "château-carton". Ellos hablan sólo de grandes y divinos mitos, cubiertos por rubíes, tentadores como una frambuesa, perfumados por la vainilla del roble

tostado, sensuales en la carne y espirituales en el corazón... Dios les bendiga y les dé fortuna para perseguir esas joyas que son tan escasas! Pero en el mundillo de la cultura se dedican páginas y páginas a publicar y comentar best-sellers, cuanto más baratos y populares mejor; algunos ya en edición digital gratis, sin papel ni tinta... No tengo nada contra los libros tan vendidos, pero sospecho que un pobre autor, cuando gusta a tanta gente y puede ser traducido a tantos idiomas de forma que se le entienda en cualquier estilo debe sentirse un cretino... Por eso me permito decir que esos graneles de la literatura amparados por un costosísimo teatro de vanidades valen mucho menos, en mi apreciación, que una jarrita de vino corriente en la taberna más barata.

Los colores de la memoria

La memoria es siempre si la comparamos con la realidad- pictórica e impresionista. De pequeño pensaba que los libros viejos eran como los daguerrotipos o las placas en blanco y negro. Hasta que un día descubrí que toda la memoria es un regalo de color. Y quiero acabar con un recuerdo emotivo muy personal. Se remonta a los años de mi juventud cuando viví algún tiempo en Estambul. Y os lo leo como lo escribí en mi libro *El esnobismo de las*

golondrinas:

“La primera luz del día acariciaba las casas de madera oscura, descoloridas por la lluvia, convirtiendo los cipreses y las ruinas en una acuarela inglesa. El canto del muecín se escuchaba, como el grito del milano negro, acompañado por el rumor de los barcos que atracaban y salían de los embarcaderos. Y una muchedumbre atareada se dirigía al Mercado Egipcio, a los destartalados tranvías que subían a Pera, a los transbordadores de la costa asiática, a los patios donde se detenían las caravanas y en los que aún se veían artesanos repujando el cuero de las encuadernaciones y trabajando el metal y las maderas.

Antes de hacer mis oraciones en la mezquita me sentaba a leer a mis poetas místicos. Sobre todo a Fuzulî que había escrito un *Diván* donde se enseña a amar; es decir, a vivir como un loco sin estar loco. Merece la pena perdonar a las criaturas, sólo porque lo merece su madre... Y no me cansaba de repetir los versos de Fuzulî: “Soy el rey de la caravana de los dolores, peregrino fiel del desierto de las penas”.

Una mañana, me di cuenta de que un niño inquieto, menudo, curioso y flaco, me seguía con ojos pasmados. Parecía intrigado por un perro malherido, con una oreja cortada, que me acompañaba a todas partes desde que yo

había llegado a Estambul.

El pequeño caminaba también dificultosamente, sosteniendo uno de esos cofres dorados, tan característicos de los limpiabotas de Estambul y que, en sus manos, parecía enorme. No sé por qué, de repente, salió corriendo como un perrillo atolondrado pienso que había visto pasar un turista y adivinó en él a un posible cliente , pero sus pies torpes resbalaron sobre la calle mojada y quedó tendido en el suelo, rodeado por los frascos rotos que se habían caído de su caja. Los tintes amarillo, azul, negro- se derramaron como letras de colores, convirtiendo la calle en un código. Dibujaron iniciales y surcos sobre la aceras, corriendo hacia los sumideros de la lluvia. Y el pequeño se llevó las manos a la cara, pero no rompió a llorar. Me pareció que su dolor era aún más profundo. Pero, sin saber qué hacer, le di unos billetes para que se comprara una caja nueva. Y él, tendido en el suelo, me miró con unos ojos inolvidables, avergonzados de su torpeza, dándome a entender que nadie puede pagarnos en la vida los primeros colores rotos; las primeras letras perdidas. Nunca he visto unos ojos tan puros y tan conscientes de la injusticia del fracaso”.

Y esta es la imagen que hoy tengo del libro: un cofre lleno de colores maravillosos que

he arrastrado por todos los caminos con la misma torpeza y la misma ingenuidad de aquel niño limpiabotas. Ahora, a mis años, cuando tropiezo y me veo caído en medio de todos esos colores derramados, me pongo a escribir. Se me llenan los dedos de colores, como el día en que Dios le enseñó al pobre Job el cofre de sus maravillas. Escribo en azul y no sé por qué estoy siempre manchado de azul. Y, cuando se me cansan los dedos de escribir, miro al perro de las orejas cortadas porque quisiera decirle que los seres vivos nos preguntamos siempre lo mismo cuando sufrimos; pero tengo miedo de que los colores de mi memoria de hombre sean, para él, un injusto desprecio.

Un libro antiguo y un abrigo viejo

Un libro antiguo es sagrado; como un abrigo viejo que amparó a un hermano o a un amigo en un día de frío. Tengo que escribir algo, un día, sobre los abrigos literarios. Porque creo que toda la gran literatura está escrita con el mismo abrigo prestado, que va pasando de frío en frío: el abrigo de Balzac, el de Dostoievski, el de Proust, el de Joyce... Es un abrigo largo, oscuro, mil veces desempeñado, descosido como las goteras de un bulín y que, una mañana cualquiera, aparece suicidado en la percha de un café. Y otro escritor se apiada al

verlo, se lo pone y lo convierte así en literatura. Estoy convencido de que el abrigo de Cortázar era el mismo con el que yo había visto a Pío Baroja en la niebla del Retiro; pero estaba ya más raído y más estirado, para dar la talla del argentino.

Si encontráis un día un abrigo abandonado en la percha de un café, descendedlo con piedad y llevadlo siempre con respeto. Cuando me pongo mi corbata de lazo abierta como un libro viejo- y mi abrigo inglés cruzado, con un pañuelo en el bolsillo, veo que algunos burgueses me miran con disgusto porque no voy a la moda. Y verdad es que, cada vez que releo las páginas que, a lo largo de años, salieron de mi pluma me pregunto de quién era este abrigo que encontré, siendo estudiante, en la percha de un viejo café. Un abrigo mágico que me llevó a escribir, con el corazón ilusionado, libros que hoy van llegando a viejos; igual que aquellos otros libros artesanos, laboriosos y raros que no pude comprar y que sigo amando, como una Navidad en sueños.

Muchas gracias.